

Cuaderno N° 42

JOSUÉ CARDUCCI

DISCURSOS

TRADUCCIÓN DE

JOSÉ FABIO GARNIER



SAN JOSÉ DE COSTA RICA. C. A.

1913

A Elvira Bevilacqua

En Bolonia

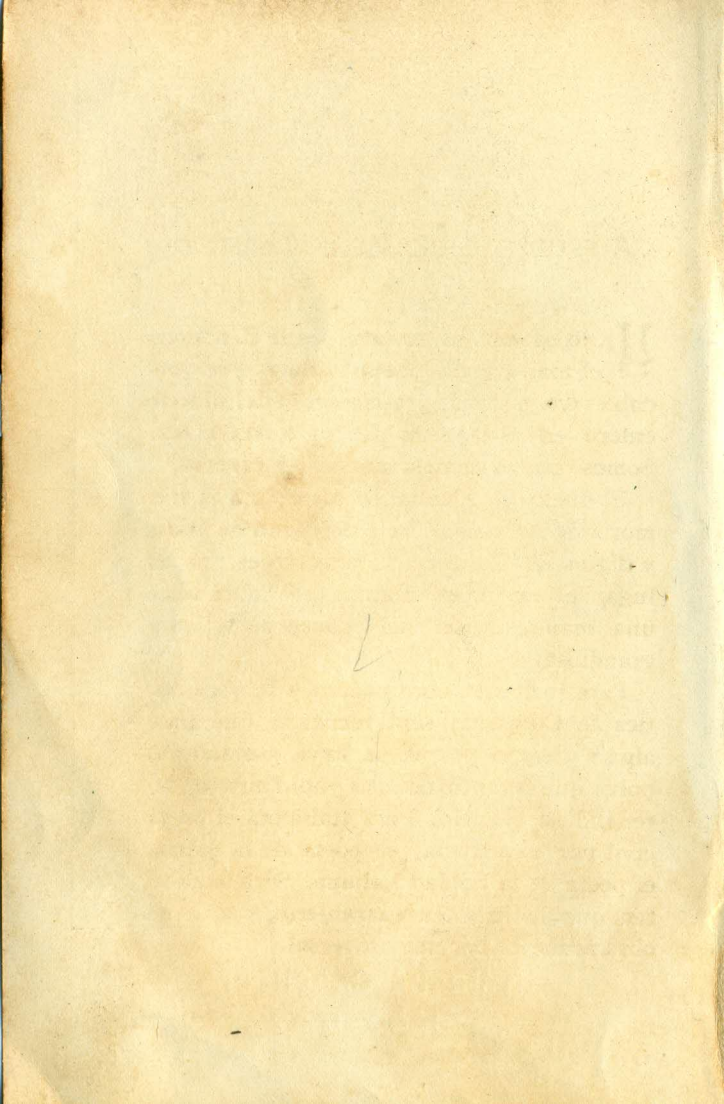
A Ud., digna nieta del escritor que hoy me atrevo a traducir, dedico esta versión, en la cual sigo todos los consejos que El nos daba en sus inolvidables lecciones: traducir las ideas, traducir la forma lo más fielmente posible, sin poner nada de nuestra cosecha, sin pretender alterar ninguna de las concepciones del autor traducido.

J. F. G.

Costa Rica. Setiembre 20 de 1913.



JOSUÉ CARDUCCI
1836-1907



A PROPÓSITO DE JOSUÉ CARDUCCI

YA lo sabéis, ha muerto Josué Carducci, el más grande poeta italiano que quedaba vivo y el más grande acaso del mundo entero en el tránsito del siglo XIX al XX. Somos, por lo menos, muchos en creerlo.

El duelo que Italia ha ofrecido a la memoria de su poeta, ha sido digno de Italia y digno de Carducci. Pocas veces, ni en lugar ni en tiempo alguno, se habrá visto una manifestación más concorde y más grandiosa.

Para juzgar la obra poética y la obra crítica de Carducci, será menester que pase algún tiempo y que se haya asentado el polvo que levantó con su soplo airado, serenándose el cielo. Para Italia era el poeta civil por excelencia, el poeta de la patria, el poeta de la unidad italiana. Será menester que lo juzguen extranjeros y que su obra acabe de hacerse universal.

Al entusiasmo patriótico de los italianos que han llegado a ponerlo en su panteón al lado del Dante, se ha unido la pasión sectaria y hasta la manía anticristiana, manía que se alimenta del más lamentable desconocimiento de lo que en su espíritu y esencia el cristianismo es. En estos días ha llegado a decirse en Italia que el himno a Satanás, de Carducci, es el exponente de su obra toda poética, y que quien rechaza aquél, tiene que rechazar éste. No se me ocurre rechazar el himno a Satanás, que sólo pudo escandalizar a los simples que no quisieron penetrar en su fondo—un fondo nada anticristiano—pero sí conviene recordar que el mismo Carducci dijo de ese su himno, escrito a sus veinticinco años, que jamás salió de sus manos «guitarrada» («chitarronata») más vulgar, salvo cinco o seis estrofas.

Todo poeta, todo escritor, atrae la atención de sus contemporáneos, no por lo mejor suyo, no por sus producciones más íntimas y más personales, sino por aquellas otras que a razón de circunstancias del momento producen más escándalo o más entusiasmo pasajero. A raíz de la muerte de Leopardi, de lo que más se hablaba era de

su canto a Italia, y hoy estamos de acuerdo todos en que no es ese su canto más leopardiano. Lo mismo sucederá con Carducci.

Qué modelo de carrera la de este ardiente y noble poeta! Hay que seguirla desde que en 1856, siendo profesor de retórica en el Liceo de San Miniato al Tedesco, publicó, a sus veintiún años, la primera edición de sus rimas, con el honrado propósito de pagar sus deudas, hasta que frizando en los setenta y dos acaba de dormirse en la sombra que no acaba, en su querida Bolonia, en cuyo camposanto deseó descansar de la vida

Cuando publicó aquél su primer libro de rimas, hubo crítico que lo acusó de «falta absoluta de toda posible facultad poética». Y de hecho el libro no gustó. Carducci tuvo que fraguarse su gloria golpe a golpe, contra la indiferencia primero, contra la hostilidad después. Su espíritu rebelde y desdeñoso no se plegaba a acomodamientos fáciles, y su poesía alta, serena y fuerte, no era de las que entran fácilmente en un público que rehuye manjares jugosos.

Carducci, desdeñoso y fuerte como el Dante, despreciaba la blandenguería romántica que dominaba el ambiente espiritual

cuando su alma empezó a respirar. No podía resistir el manzonismo, aunque siempre respetó la noble figura de Manzoni. Y como el cristianismo se le aparecía en torno bajo la investidura católica manzoniana, se revolvió contra el cristianismo también. De aquí su paganismo.

Siendo estudiante saltó una vez de la cama, para salir a la puerta a gritar: «viva Giove!» «abasso il successore!» en respuesta a un amigo que le cantaba lo de

*Dormi, fanciul, non piangere,
Dormi, fanciul celeste...*

Y toda su vida permaneció fiel a esto que podría llamarse su paganismo, rechazando a los curas, pidiendo morir bajo los cantos del padre Homero. Quién no conoce su famosa poesía *En una iglesia gótica* donde se lee aquello de que los templos cristianos excluyen al sol y que el cristianismo faja de tedio al alma? Quién no conoce su canto a las fuentes del Clitumno en que pide que el sauce llorón, «il piangente salcio», sea sustituido por la negra encina, «l'ilice nera», símbolos el uno del cristianismo y el otro del paganismo?

Habría, sin embargo, mucho que hablar

de ese paganismo y de ese cristianismo. Por ahora he de limitarme a indicar que cuanto en el cristianismo repelía a Carducci—y lo mismo pasa con Nietzsche—era, sobre todo, el elemento de origen pagano que se ha introducido en él. Carducci amaba a Francisco de Asís, y Carducci, en su hermosa poesía a la iglesia de Polenta, ha engarzado en ritmo suavísimo la salutación del Ave María. Contradicción, diréis? No, contradicción no! En las alturas serenas y luminosas de la poesía no hay contradicciones posibles. Allí todos los grandes espíritus se abrazan.

He citado a Nietzsche al hablar de Carducci; mas esto no se interprete en el sentido de que los junto. Aprecio al poeta italiano mucho más que al desesperado pensador germánico. En el fondo las razones, o mejor dicho, los sentimientos porque uno y otro se revolvieron contra el cristianismo, son muy diversos. Y contra el cristianismo de hoy, oficial y ritual, se revolvió antes que ellos, con otros muchos, aquel excelso espíritu danés que se llamó Kierkegaard, alma profundamente cristiana. Este dijo aquella terrible frase: la cristiandad juega al cristianismo.

Mas dejando ahora esta cuestión espino-
sa y volviendo a Carducci, hay que hacer
notar el carácter de su lírica.

Carducci, el poeta civil, no es el egoista
que se encierra en su torre de marfil a can-
tar sentimientos personalísimos ni a moles-
tarnos con cosucas que sólo a él le impor-
tan. Este gran poeta moderno, el más
grande, el más poeta y el más moderno de
los poetas modernos, es el menos modernis-
ta, en el sentido que ordinariamente se da
a este mote tan poco envidiable. Carducci,
que odiaba la «usada poesía» y que odiaba
sobre todo y ante todo la vulgaridad, es un
poeta popular en el sentido alto y duradero
de esta palabra. No que sus poesías anden
en boca de lo que suele llamarse por anto-
nomasía pueblo, no; sino que con ellas ha
contribuído a fraguar un pueblo. Cantó
sentimientos de su patria. Su alma vibraba
con el alma de lo mejor de su pueblo.

A raíz de nuestro desastre, aquí en Es-
paña, me decía el gran poeta portugués
Guerra Junqueiro: «Ustedes no tienen un
poeta, porque han recibido un golpe y no
se ha oído la queja melodiosa; el reponerse,
la cura, es cuestión de tiempo, pero el que-
jido, el grito de dolor, esto es del momen-

to». Y diciéndole yo: «Acaso tengamos poetas, pero no son patriotas», me replicó: «No, no es posible; si un hombre no siente lo que tiene en derredor, lo concreto, lo tangible, la patria, podrá ser un gran filósofo, un gran pensador, un gran sociólogo, pero un poeta no». Y él, el mismo Guerra Junqueiro, acaso nunca ha llegado a mayor intensidad poética que en su poema *Patria*, grito de indignación y de sinceridad que le arrancó la vergüenza de Portugal.

Ya sé que andan por ahí jóvenes rimadores, más o menos melencólicos, que sonríen compasivamente cuando de patria se habla y que no se les cae de la boca la palabreja «emoción» y la torre de marfil. Hacia estos tísicos del alma sintió siempre un soberano desdén Carducci, y basta leer sus invectivas a un heiniano de Italia.

Sí, a Carducci se le ha acusado de desdenoso hacia la juventud. Acusarlo? Eso no es una acusación. Tenía motivos sobrados al ver cómo desertando del «*maiora canamus!*») se ponen a cantar no ya las cosas menores, sino las mínimas, y se nos vienen con la milésima sonata a los pies de Laura o con elegías a Pierrot o a Colombine, o con insípidos y pálidos recuerdos

versallescos o con unos faunos, sátiros y centauros anémicos traducidos del francés bulevardero, o con cualquier otra gansada por el estilo. Ese hombre que esculpía sus pensamientos en estrofas severas, las mejores de ellas sin rima, ¿cómo iba a deleitarse en esos juegos malabares, de versos vacíos de sentido en que sólo se busca un fugitivo halago al oído carnal?

Cómo este poeta, el más grande, repito, según muchos creemos, de la segunda mitad del pasado siglo, ha influido tan poco en España y en la América de lengua española? Siendo como es el italiano mucho más afín que no el francés al castellano, y siendo su prosodia nuestra prosodia, parecía lo natural que los grandes poetas italianos hubiesen influido en los nuestros más que los franceses. Además, la poesía italiana, es, por lo común, más poesía, quiero decir, más poética que no la francesa. A ésta le sobran ciencia, habilidad, artificio y espíritu lógico formal. Son demasiado buenos géometras y demasiado buenos críticos para ser buenos poetas.

Cómo es, podría uno preguntarse, que para una vez que veamos citado, comentado o imitado entre nosotros Carducci,

vemos diez, quince o veinte veces citados, comentados o imitados Musset o Verlaine? Yo lo atribuyo sobre todo a la debilidad de nuestros estómagos mentales, y permitidme lo rudo de la frase. Entre nosotros adquieren más favor los que nos obligan menos a fijarnos y los que menos nos dicen; los que nos mecen en vagorosos ensueños sin consistencia y a las veces sin forma.

Carducci es un poeta discursivo, ilativo. En sus cantos hay un argumento lírico, en sus cantos hay una idea dominante, clara y precisa, que va desarrollándose procesionalmente y con soberana pompa. Por esto pudo prescindir de la rima; porque la asociación poética de las imágenes y pensamientos es interna y es robusta.

Fijaos, en efecto, en que hay poetas que necesitan de la rima para no perderse en la más absoluta incoherencia, en el cinematografismo más descosido, en una cháchara deshilvanada. Conozco poesías en castellano—y de las que citan como ejemplo los adeptos de cierta escuela—en que si se quitan las lañas de la rima, se desparrama todo aquello.

Carducci, como verdadero gran poeta, es un poeta traductible. No le ocurre lo que a

nuestro Zorrilla. Poned a Zorrilla en inglés, alemán o francés, despojándole del halago del sonsonete, y decidme cuánta poesía queda en aquel aluvión de lugares comunes literarios y en aquel desfile de imágenes imprecisas o revenidas de puro viejas. En cambio Campoamor, por ejemplo, sean cuales fueren sus fallas en otro respecto, es traductible. Y Carducci lo es enteramente, como es traductible el Dante, como lo es Homero, como lo es Shakespeare, como lo es Goethe. Lo que cantan es de suyo poético; sus cantos están formados con materia poética. Y es poética la forma interna de ellos.

Lo cual no quiere decir ¡claro está! que no sea bellísima y armoniosa la versificación carducciana. No tiene, sin duda, esas cadencias arrastradas y muelles que se canturrean, más que se recitan, lánguidamente a la hora de tomar el ajenjo. Su música es una música robusta. Ni violines versalleses ni caramillos pánicos.

Y no vaya a creerse por esto que Carducci no tiene delicadezas. Las tiene y de las más delicadas, como lo son siempre las de los fuertes. No hay, en efecto, ternuras más tiernas ni blanduras más dulcemente blandas que las de los vigorosos y recios.

Las flores más fragantes son las del desierto o las que crecen bravías entre las rendijas de las rocas. El toque más delicado es el de un gigante. Si Oto o Eñalte os cogieran y os levantaran en sus manos, no sentiríais el toque; tan sin esfuerzo lo harían. Los niños se sienten mejor, más a sus anchas, en los brazos de los hombres robustos que no tienen que hacerse violencia alguna ni tienen que apretarlos para mantenerlos seguros.

Leed la bellísima composición de Carducci a la boda de su hija, aquélla en que habla del «vulgo vil de Italia», y ved si el amor paterno puede hablar un lenguaje más robustamente tierno. Y como éstas otras composiciones.

La labor de Carducci no es muy copiosa. No ha sido poeta tan fecundo como Víctor Hugo, pongo por caso de fecundidad. Y sus composiciones son todas relativamente cortas. Nada de poemas en varios cantos o de novelas en verso, nada de dramas. La verdadera inspiración lírica es de vuelo alto y firme, sí, pero corto.

Y además, y esto no debe olvidarse, Carducci no se constituyó en un profesional de la poesía, no fué un literato de esos que se

creen obligados a escribir versos con cierta regularidad de tiempo. Su ocupación principal y primaria fué su cátedra de literatura italiana en la universidad de Bolonia, y después, sus trabajos de crítica e investigación de textos antiguos. Y sólo cuando se sentía henchido de concepción poética era cuando hacía versos.

De aquí su posición respecto a la poesía, a la literatura y al arte en general, tan distinta de la posición ordinaria en aquellos que por haber hecho rimas que han obtenido algún aplauso, se creen con derecho a menospreciar otras actividades. De una carta que Carducci dirigió en 1887 al director del *Resto del Carlino*, traduzco este sustancioso párrafo:

«Dije que está bien que Italia no tenga, al menos por ahora, una producción literaria conforme la pretenden muchos. Me explicaré. Creo firmemente ser dañosa para el vigor moral de un pueblo la demasiada literatura; creo que la demasiada literatura perdió a Grecia y enerva hoy a Francia; creo que Italia, teniendo, como tiene, que cobrar fuerzas, necesita de muy otras cosas que de excitantes o deprimentes neuróticos, y la literatura moderna no puede dar otra

cosa. La imposibilidad de que saliese en Italia una novela que se pueda leer era para mí una prueba y un consuelo, prueba de que a este pueblo le queda aún una fibra de los antiguos riñones, y era una esperanza para el porvenir. Ahora siento que aquella querida imposibilidad va disminuyendo de día en día. Me disgusta. Nuestros padres pusieron barra a la caponera de la arcada; ¿por qué queremos mantener abierto en demasiados periódicos un mercado de vulgarización de los últimos excrementos del romanticismo en prosa y en verso?»

El que escribía estas palabras tan sensatas era el primer literato de Italia, o mejor dicho, el primer humanista.

Esta noble, nobilísima palabra, esta palabra de abolengo que parece trasportarnos al siglo XVI, entre los esplendores del Renacimiento, esta palabra de humanista es la que mejor cuadra a Carducci.

Muerto este robusto luchador prometeico, le sucede en su cátedra, y somos muchos los que creemos que en su primacía en la poesía italiana, Pascoli, cuyos cantos, sin el vigor herculino de los cantos carduccianos, tienen en cambio más morbidez acaso y más serenidad tranquila. Pascoli se incli-

na a las veces más a Leopardi que a Carducci. Pero mientras este dulcísimo y sereno Pascoli, que parece ser uno de los que han encontrado la fuente homérica, es casi desconocido entre nosotros, a todas horas nos están restregando los oídos con el nombre de guerra de Gaetano Rapagneta, conocido por Gabriele d'Annunzio. Este insupportable comediante, vano y hueco, es el que para nuestro vulgo literario—y es el peor de los vulgos—cubre con su nombre el nombre de Pascoli, del cual dijo una vez Carducci que era capaz de escribir cantos que podría firmar Ariosto

Es una cosa vista la de que no son los poetas, ni en general los escritores mejores, más jugosos y más hondos, los que antes consiguen salvar las fronteras de su patria. Una cosa son los escritores universales y otra los internacionales, ni se traduce primero lo mejor sino lo más fácil de comprensión. Pero de esto de lo universal y lo internacional en literatura os hablaré otro día y espero entonces engarzar a mis propias reflexiones y observaciones, observaciones y reflexiones de Carducci.

Miguel de Unamuno

(De *Contra esto y aquello*).

A LA LIGA

PARA LA INSTRUCCIÓN DEL PUEBLO

I

ANTE todo a vosotros, a quienes especialmente está dedicada esta fiesta, se dirige el saludo de mi palabra, obreros de la ciudad y de la campiña, que recibís hoy de vuestros hermanos de las sociedades unidas la prueba de estima y de aliento por los progresos que en poco tiempo habéis hecho en la instrucción de que voluntariamente os aprovechasteis. Y la instrucción no fue para vosotros la única ocupación un poco más seria o un poco menos fatua de la vida ociosa: después de largas horas de fatiga, vinisteis a buscar la instrucción en otra fátiga, en la fatiga, nueva para vosotros, del espíritu: al estudio le consagrasteis el tiempo que os restaba después del trabajo, la noche y los

días de fiesta. Después de la obra de todo un día, de toda una semana, el cuerpo pedía reposo y distracción el espíritu; sin embargo estudiasteis. Obreros, colonos, hortelanos, lavanderos, debíais levantaros con la primera luz de la mañana, y a veces antes de la luz, despertados por la inexorable necesidad al duro y continuo trabajo; sin embargo disteis al estudio una parte de vuestras noches. Y el estudio, aun cuando solo sea el de leer, para inteligencias no ejercitadas en el cotejo súbito de los juicios, para ánimos todavía llamados al mundo exterior por las condiciones y por las circunstancias, para facultades preocupadas por los objetos y por las formas materiales, para vidas de sentidos tan sólo, el estudio, afirmo, es dura fatiga. La lectura, el más difícil de los estudios y de los ejercicios mentales, no obstante ser o precisamente porque es primordial: difícil y áspero también para las mentes de los niños que se abren y se desarrollan en medio de los cuidados de la educación, mentes a las cuales, no se si útilmente, se las quiere enseñar jugando; la lectura, vosotros la conquistasteis con el sudor de vuestra frente viril. Sí, la frente, acostumbrada a los ardores del sol

y a las inclemencias del invierno, se vio surcada por noble sudor bajo la fatiga nueva de la fecundidad penosa que se agitaba en el cerebro; y la mano endurecida y callosa por los santos instrumentos del trabajo tembló de gentil conmoción siguiendo sobre el libro de lectura las victorias y las conquistas que el ojo y el espíritu estaban haciendo de nuevas palabras e ideas.

Artesanos y obreros de la ciudad; agricultores, jornaleros, labradores de la campiña; que frecuentasteis las escuelas nocturnas y las dominicales con aquella firme voluntad, con aquella constante aplicación, con aquel noble amor al bien que se os revelaba en la sentida necesidad de perfeccionar vuestro ser y de la cual obtenéis hoy el premio; os saludo y os doy las gracias en nombre del pueblo, que por medio de las sociedades reunidas os ha conferido esa recompensa y está contento de vosotros; os saludo y os doy las gracias en nombre de la patria, la cual cada día crece más y se hace más augusta con el perfeccionamiento de todos sus hijos en general y de cada uno de ellos en especial. Obreros y obreras, hicisteis bien. Y vuestro premio no es, lo sabéis, bravos corazones, el poco

dinero que os fue dado, no es el documento que lo acompaña, ni es tampoco esta selecta reunión de ciudadanos que os festeja: cosas estas que brillan, resuenan y pasan. Vuestro premio, noble, sólido, está perdurable en vosotros mismos; en la conciencia que le dice a cada uno de vosotros: Has hecho bien.

Esta verdad se demuestra en lo que hizo uno que fue como vosotros premiado. Es un pastor, que, habiendo descendido este invierno con su rebaño a la llanura, se aprovechó tan bien de la escuela nocturna del pueblecito de Calamosco que fue juzgado digno del premio. Y el premio no podemos ni entregárselo ni enviárselo, puesto que el buen pastor con la buena estación retornó a la montaña, no dejando trazas de sí o indicios del lugar en donde viva. Pero entre las sombras estivales del monte o en los repastos invernales de la llanura, los ocios del pastor ya no serán tristes y brutales como eran tal vez antes, si los alegra la compañía de un libro en donde se empeñe en leer cosas buenas.

II

Dejad, obreros premiados, que en este momento mis palabras lleven intenciones dirigidas a esa otra parte de ciudadanos más avanzados en la vía en que vosotros habéis dado los primeros pasos. Así el espíritu de la edad moderna invade también a la vieja edad del oro, y el idilio mismo se hace civil.

Esta instrucción popular que hoy todos predicamos y procuramos difundir de diversas maneras y en diversos grados, esta luz espiritual que con la rapidez y la potencia irresistible de la luz física penetra todas las capas sociales y despierta en los más torpes poros nuevos fermentos de vida; esta instrucción popular, repito, está destinada a obrar en la sociedad una transformación tal, que acaso los heraldos suyos de hoy no saben o no pueden imaginar o aguardar, esperar o temer que sea tan grande. Temer, he dicho, porque existe quien no disimula cierta inquietud con respecto a los alcances últimos del empeño actual por difundir la instrucción en el vulgo. Hasta este punto, sí—dicen algunos—: más allá no: sería malo. Y bien: decid al sol que ilumine solamente

la cima del monte o que ilumine este prado y no aquél, y con una determinada fuerza de luz. Cuando llegue la hora, el sol llenará con su esplendor todo el monte y todo el valle; y no habrá seno escondido, ni zona, ni arbusto, ni vástago, ni brizna de hierba, ni germen, que no se estremezca de fecundidad y de concepciones, de vida y de alegría, aunque sea por un solo momento, bajo la sonrisa del divino padre de la naturaleza.

Además esta obra de promover y difundir la instrucción del pueblo en la que la edad nuestra tanto se empeña, no es, créamoslo señores, ni un beneficio que en nuestra generosidad nosotros otorgamos, ni es del todo un deber que cumplamos, una justicia que ejercitemos. Hay en todo esto algo necesario y fatal: nos sentimos impulsados por el empuje de la serie de los tiempos que se cumplen, nos sentimos precisados por las secuencias lógicas de la revolución. Aún hay más: es una necesidad de nuestro organismo social que quiere verse satisfecha. Nos sentimos viejos, sentimos agotarnos por consunción; y deseamos hacer refluir en nosotros la vida y la juventud con la trasfusión de tu sangre, oh pue-

blo, a quien los escépticos de la historia llaman eterno niño y a quien yo reverente saludo como niño inmortal, que derriba jugando los gigantes como David, que funda cantando inconciente las civilizaciones como Orfeo.

Sí: no os disguste, señoras gentiles, jóvenes orgullosos de yuestros veinte años: sí, nosotros somos viejos. Es vieja esta sociedad, esta civilización ya formada y conformada por los hombres de iglesia, por los hombres de espada, por los hombres de comercio. Ni el tiempo ni el lugar permiten que de esa vejez os haga la demostración histórica; y vosotros os contentaréis con algunos ensayos de pruebas que tomaré del arte y de la literatura, las cuales son también la emanación moral de una civilización, la espiritual irradiación de un pueb'lo. Sea en literatura, sea en arte el espíritu de la sociedad nuestra va enfriándose, y cada vez más la producción de la civilización disminuye, se hace mezquina, se contrae. No es necesario hablar de géneros, de escuelas, de estética; pero es preciso convenir que se efectúa un proceso histórico de trasformación degeneradora. Ved: a la epopeya sucedió la novela; y habiéndose desarrollado en varias formas y habiendo desplegado diversas ten-

dencias, también la novela está por morir, si ya no ha muerto: el cuento, el boceto, la novela dramatizada, la observación experimental predominan. Muertas la tragedia y la comedia; y a ellas sucedió el drama histórico primero, social luego, ahora realista, como lo llaman. El hecho consiste en que no tenemos ya potencia para idealizar, para representar en su conjunto armónico todas las esencias, todas las condiciones, todas las formas; y desmembramos lo que es necesariamente orgánico, y del desmembramiento nos vanagloriamos como si fuese un progreso del arte. Qué quiere decir el realismo con la pretensión suya de ser algo completamente reciente, de reinar sólo y exclusivo? Quiere decir que no sabemos o no podemos inventar e imaginar, y describimos: que no sabemos o no podemos abrazar y comprender todas las edades, y fotografiamos el presente. Los grandes artistas de los grandes siglos eran al mismo tiempo realistas e idealistas, sociales e individuales, históricos y poetas, íntimos analizadores y formadores plásticos, hombres de su tiempo y de todos los tiempos.

Somos viejos; y, como viejos, débiles para la acción y amplios para hablar; nos sucede

a menudo que, en vez de hacer, razonamos. Tenemos necesidad de discutirlo todo, de valorarlo todo, de revisarlo todo; acumulamos las sustancias que nos restan, abordamos el patrimonio paterno, hacemos su inventario; refunfuñamos, nos miramos al espejo, para consolarnos o ilusionarnos con respecto a los signos de nuestra decadencia. Hemos levantado la crítica a un grado superior, entre la ciencia y el arte; hemos hecho de ella casi un arte nuevo, separado, la crítica por la crítica. No solamente somos viejos, sino que queremos aparecer tales: a los veinte años comenzamos a escribir crítica.

Otro signo de nuestra vejez es esa formación de un género nuevo, cada vez más delineado, la literatura popular. Toda literatura en la virilidad es popular por fuerza propia, por necesidad de las cosas: en la juventud ella es obra, más o menos, del pueblo mismo. Cuando en un siglo civil y rutinario surge una escuela literaria que busca y encuentra su única razón de ser en la necesidad de proclamar altamente sus intenciones populares y cree deber y poder hacer cuentos, poesías, libros propios para el pueblo, con el alma y en lengua popular; cuando tal cosa ocurre, quiere decir que el siglo

en que esto sucede puede tener muchas virtudes y muchos méritos, pero ciertamente está muy lejos de la virilidad y de la juventud del arte. Esta literatura, vieja ella, considera al pueblo como si fuese un niño grande; y le narra cuentos y le canta canciones de cuna. Es verdad que no quisiera parecer vieja, y se empolva; pero en el sudor fatigoso de las muchas ocupaciones, los aceites le destilan por las arrugas de la dicción; y entre las mentidas necedades de un accionar vivo y desenvuelto, de pronto, en las pretensiones sentimentales y en la afectación de llevarlo todo a un fin útil, moral, civil, salta aguda y sensata la abundancia de la vejez calculadora.

Pero basta: no quisiera que, por hacer resaltar mejor ciertos accesorios, las líneas del retrato llegasen hasta la caricatura. De todos modos, la intención mía no fue hablar mal de la vejez: la cual, cuando se comprende a sí misma y no se ilusiona, es buena, útil, amorosa. No me parece, por cierto, que la edad nuestra se ilusione; puesto que en sus producciones filosóficas, literarias, artísticas, de una manera muy franca, declara su vejez, y manifiesta el presentimiento del próximo fin; de su fin no, por-

que nada termina: de su transformación. Tal presentimiento es precisamente la razón del acercarse, que, no obstante los crueles intermedios de los estragos civiles, hace cada día más la burguesía, por la necesidad de refundirse con nuevos elementos a aquello que se llama con denominación histórica moderna el cuarto estado y que, con nombre más antiguo y ya famoso en las historias de Roma, es la plebe. La llegada de la plebe es una necesidad histórica: sólo que no debe, y aun queriendo no podría, sobreponerse a los otros órdenes y esclavizarlos y menos aún destruirlos violentamente. Ella, corriente primaveral de vida, infundiéndose en los otros elementos sociales los deshelerá, y los compenetrará al mezclarse con ellos. Entonces el estado, la religión, la filosofía, el arte, se verán verdadera y santamente renovados, entonces existirá por fin el pueblo: el pueblo uno, igual, libre.

III

Todo esto qué tiene que ver con nuestra Liga? Oh, a aquel grande y alegre porvenir no llegará ciertamente ni tampoco resonará

como lejano eco—sería pueril soberbia el esperar—el nombre o la memoria de la Liga bolonesa para la instrucción del pueblo: los felices olvidan fácilmente e ignoran voluntariamente. Sin embargo, esta pobre Liga habrá hecho todo lo posible por ayudar y favorecer, en la medida de sus fuerzas, a tan magnífica transformación. Ella, en efecto, toma los niños del seno de las madres ocupadas en el trabajo y trata de educarlos en los jardines froebelianos con el menor tormento posible para aquella tierna edad que desearía sentir y gozar y que mucho necesita, desgraciadamente, que se la enseñe a pensar. Ha creado las escuelas, y otras más creará para las mujeres que deben ser madres de las nuevas generaciones; y a estas mujeres, esclavas enguirlaldadas por una civilización que las asecha, las corrompe, las atormenta, las regatea adulándolas como señoras, a estas mujeres ella trata de darles con el ejercicio proficuo de las propias facultades, aquella independencia que les corresponde y que las debe hacer dignas con el sentimiento de bastarse a sí mismas. A aquella parte de la burguesía joven que está ocupada en los establecimientos de la industria y del comercio

imparte enseñanzas que en tales ejercicios la perfeccionan; al pueblo le da escuelas, lecciones, conferencias y lecturas, en la tarde y en los días de fiesta, en la ciudad y en el campo. Está abierta a todos los que quieran sugerir el bien, que quieran obrar el bien; está abierta a todos los partidos, porque ella no teme la discusión, porque tiene fe en la verdad. Solamente a un partido aborrece la Liga: a aquel partido que en la historia niega el progreso, que en el consorcio civil niega el mejoramiento del hombre y sus aspiraciones a la felicidad, que en la ciencia niega el libre pensamiento, que en la Europa moderna niega la libertad de la prensa y de las religiones, que en Italia niega la patria. Pero la patria y la libertad existen: no es verdad, oh pueblo del ocho de agosto?¹ Y son tan bellas y tan santas cosas, que quieren la adoración de todos, que de todas partes atraen a las generaciones y hasta de las filas de los adversarios arrancan a los mejores.

En efecto: este lugar, en donde estamos

¹ Así se llama al pueblo de Bolonia, porque el 8 de agosto de 1848, con heroísmo sin igual, en el que las mujeres tuvieron la mejor parte, echaron de su ciudad a los austriacos. (*N. del T.*)

reunidos, ciudadanos, para conmemorar la gloriosa batalla de nuestros padres y hermanos con la fiesta de la instrucción, la más bella fiesta que para nosotros exista, puesto que responde mejor a aquella victoria que fue más bien del espíritu que de la fuerza; este lugar estaba ya dedicado a Lucía, la virgen siracusana que sufrió tormentos y hasta la muerte por su fe y por conservar incólume el honor. Fue ciertamente una digna doncella, merecedora de todos los honores. Pero nosotros reunidos aquí en su templo, sublimaremos, idealizándola, aquella gentil figura de muchacha italiana: para nosotros, como para nuestro gran poeta, ella será

*Lucia nemica di ciascun crudele;*¹

ella será, como resuena su nombre, la luz suave y divina de la ciencia, de la verdad, de la libertad inmaterial. Fué ella,

Lucia nemica di ciascun crudele,

quien de esta iglesia, en donde secuestrado del mundo real aspiraba a la atormentadora visión de los mundos ideales, llevó a Hugo

¹ *Lucia, enemiga de todo cruel*, verso del canto II del Infierno dantesco. (N. del T)

Bassi en el contraste y el barullo de la vida a afirmar la libertad y la patria contra los opresores y contra los tiranos internos y externos, temporales y espirituales, a afirmarlas con la meditación, con la obra, con la palabra, con la sangre Ella fué,

Lucia nemica di ciascun crudele,

quien lo sostuvo con su rostro, cuando los verdugos, de cuya negra secta el se había arrancado por el amor que hacia ella sentía, alcanzaron y degradaron al pobre sacerdote con el hierro y con el fuego. Nosotros con el hierro y con el fuego purgaremos los tristes restos de la servidumbre y de la abyección; reconsagraremos este templo con los santos augurios del porvenir, con la invocación al espíritu que se agita y vive en el género humano. Ven, oh espíritu creador de las edades nuevas; ven y desciende, pero no sobre doce privilegiados, puesto que el tiempo de los privilegios ha pasado; desciende sobre todo el pueblo, sobre todos los pueblos, oh espíritu de verdad, de libertad, de justicia.

8 agosto 1873.



POR LA POESÍA Y POR LA LIBERTAD

*Electores del Colegio de Lugo!
Ciudadanos de Romaña!*

DESPUÉS de que no pocos hombres egregios de todas las secciones de este colegio me ofrecieron la candidatura como vuestro representante en el parlamento de la nación, después de que yo la hube aceptado, no me he dirigido a vosotros, ni a ellos les di muestras de vida. Creí deber mío, creí digno de vosotros, no poner ni siquiera la ingerencia de una palabra entre mi persona y vuestro voto. Mi nombre, sea dicho con la modesta franqueza que conviene a hombres libres, significaba algo; y por eso precisamente aquellos ciudadanos os lo habían propuesto. Mi manifiesto político estaba en mis escritos, en cualquiera de ellos: en mi vida, que, oscura y solitaria como es, sin embargo se conoce bastante en Bolonia y en Ro-

maña. Yo quise dejaros plena y puramente libres en vuestro juicio. Ahora que la mayoría del colegio me ha juzgado y elegido, os doy las gracias (*aplausos*).

Os doy las gracias, oh electores de Lugo, y me siento orgulloso de que me hayáis juzgado digno de representar a un colegio de esta noble Romaña y precisamente al colegio que envió a la Constituyente romana a José Mazzini (*vivísimos aplausos*). Desde que pisé estas tierras, desde que en las frentes tranquilas y pensativas de los hombres salvados de las prisiones y de las galeras del Papa, en el dolor resignado y glorioso de las viudas y de los huérfanos de aquellos que cayeron al rededor de las murallas de Roma, de aquellos que murieron por el acero de los frailes o por el plomo de los extranjeros, hube admirado la historia de la guerra por vosotros peleada continuamente contra la peor tiranía que jamás haya entristecido a Italia; desde que, en la arrogancia de los jóvenes, los cuales se derramaron como baños de leones por todas las patrias batallas, ví resplandecer con ímpetu primitivo tanto entusiasmo hacia toda cosa alta, tanto fervor de vida nueva; desde entonces mi corazón ha estado con vosotros, oh romañolos

(*aplausos*). Y ví en este pueblo tanta firmeza de persuasión y de propósitos, y un sentido civil tan maduro, y mucha disposición a la vida pública y mucha seriedad al tomar parte en ella y el instinto de la disciplina tan innato y común y gallardo, que me pareció justísimo el juicio de Máximo d'Azeglio, Italia tiene mucho que esperar de este pueblo y contar con él; y creí y creo que vosotros lleváis dignamente un resto de Roma y mucha parte de la virtud caballeresca en vosotros sobrevive (*aplausos*). Además de que, en las remembranzas de la vida encuentro un vínculo íntimo que a vosotros me une, un sentimiento que, no sin vanidad talvez, me lleva a amar a la Romaña, como mi segunda patria, como patria electiva. Entre vosotros mi facultad poética se reforzó y ensayó un segundo y más amplio vuelo. Cuando sentí los corazones de la juventud romana palpar con simpatía de aprobación hacia mis ideas, cuando ví en los ojos de ellos reflejarse duplicada la luz de mis imágenes, tomé confianza de nuevo, y vibrante me dije: También yo soy poeta (*vivísimos aplausos*).

Ah! pero la poesía precisamente es el pecado original, que, según nuestros adversa-

rios, me excluye de la casta política. Verdaderamente nuestros adversarios están de acuerdo con Platón, quien fue el primero en desterrar a los poetas de la república. Pero aquella república platónica era mas lírica que una oda de Píndaro; y a Platón además le parecía que no les estuviese mal a los filósofos el disputar acerca del *logos* en las cortes de los tiranos de Sicilia. Solón, por el contrario, componía elegías, y sin embargo, pudiendo hacerse tirano de la patria, la dotaba más bien de una constitución que hizo la gloria y la grandeza de Atenas. Echándonos en cara, como calificación de inhabilidad política, el nombre de poeta, los adversarios muestran no conocer otra poesía que la de la Arcadia. Y no recuerdan qué temple de ciudadano fue el de Juan Milton, quien hizo con potentes escritos la apología del pueblo de Inglaterra contra las usurpaciones del Estuardo. Y no recuerdan que la Germania mandó a discutir en el parlamento de Francfort las leyes de su reconstitución nacional a Luis Uhland, por el mérito de haber cantado gloriosamente las tradiciones y las aspiraciones de su pueblo e ilustrado doctamente la historia de la poesía alemana; y el noble viejo poeta estuvo a

la altura de su gloria y digno de la confianza de la patria, soportando magnánimo los maltratamientos de la violencia militar que disolvió los últimos restos de la Asamblea nacional. Y no recuerdan, que, caída en la ignominia, por los errores de un doctrinario, Francisco Guizot, la monarquía burguesa de Luis Felipe, un poeta, Lamartine, opuso por enteras jornadas su elocuencia y su pecho a los furores de la plaza, y, con riesgo de la fama y de la vida, salvó por lo menos el honor francés y la bandera tricolor. Y en Italia, por haber hecho versos que no desagradan, nos quieren quitar los derechos civiles! en Italia! (*bien*) Presiento lo que me pueden responder los adversarios:—Pero Ud. no es ni Milton, ni Uhland, ni Lamartine.—Pero vosotros, que desterráis a los poetas del estado, no sois tampoco Platones! (*hilaridad y aplausos*).

Dejemos los epigramas y las recriminaciones. Vosotros, electores, dándome la representación del colegio de Lugo, habéis demostrado: que en Italia, en donde Dante Alighieri razonó y luchó en la edad media por la independencia del estado y la iglesia, en donde Luis Ariosto gobernando una provincia sabía refrenar a los bandidos y escri-

bir al príncipe:—Mientras permanezca en este puesto no quiero tener otro amigo sino la justicia;—en Italia, en donde Víctor Alfieri inauguró el resurgimiento de la nación, y Hugo Foscolo, revelando con severo ingenio y corazón seguro y piadoso las llagas de la Patria, fundó aquella literatura civil que fue gran parte de nuestra revolución; vosotros, digo, electores, habéis demostrado que en Italia seguir esos grandes ejemplos, amar un arte que fue gloria de la nación, amarlo tanto como a la patria, y cultivarlo con mente fiel, con ánimo desinteresado, con espíritu libre, con manos puras, no es tanta culpa que por ella un hombre tenga que sufrir la mutilación civil (*aplausos redoblados*).

El honorable presidente del Consejo de ministros en su discurso de Stradella invocaba con nobles e italianas intenciones a la Italia intelectual, a la Italia del espíritu; y afirmaba que un país no vive solamente de armas, de pan, de millones, sino también de alma y de pensamientos. Vosotros, electores de un colegio rico y floreciente por la agricultura y por la industria, eligiendo como diputado vuestro a un cultivador de las letras, afirmáis lo mismo: afirmáis que Italia hoy,

como antes, desea el desarrollo intelectual junto con el económico, la industria y el comercio junto con el arte, el bienestar no sin la aureola de la poesía. Yo soy poca cosa: pero vuestro voto, aquí, entre la tumba de Dante y la cuna de Vicente Monti,¹ es noble y digno. Os doy las gracias, electores: no por mí, no por mí, os lo repito; pero por nuestros grandes escritores, por mis inmortales maestros, que son los genios de la nación, a los cuales vosotros, en el nombre de un humilde discípulo, habéis italianamente honrado (*aplausos prolongados*).

Pero fuera mi única culpa la poesía! Hay otra peor. Me acusan de ser republicano. Sí, yo soy republicano (*fragorosos y redoblados aplausos*). Y republicano me hice no por entusiasmos juveniles ni por despechos que tuviera hacia el gobierno de los moderados. Por el contrario, para el gobierno de los moderados personalmente no tengo sino agradecimientos. Me llamaron, todavía muy joven, sin que yo lo pidiese, a enseñar en una de las primeras

¹ Lugo es una pequeña ciudad colocada entre Ravenna, en donde está el sepulcro de Dante y Alfonsine Fusignano, lugar en que nació el poeta Monti. (*N. del T*)

universidades: me dieron también, siempre no solicitados, otros honores y otras comisiones didácticas: un agravio tan sólo me hicieron, y bastante leve, y excusable en tiempos de tanta excitación de partidos. Antes no había pertenecido a ninguna asociación política, y por mucho tiempo no tomé parte en éstas. Mi juventud pasó en los estudios; y en la soledad de los estudios nació, creció y se reforzó en mí la idea republicana. El año sesenta me dejó democrático monárquico, el sesenta y siete me encontró republicano. Pero la república mía no es la república por sorpresa: también ésta podría surgir en ciertos momentos, pero no es la más digna de ser deseada por los verdaderos republicanos, así como no es la más fácil de mantener y de afirmar. Tampoco es la república oligárquica de un partido aunque sea magnífico, y mucho menos la república dictadura de una facción. No por eso creo que la de la república sea solamente cuestión de forma: la república, para mí, es la expresión histórica y necesaria y el fundamento moral de la democracia en sus términos racionales; la república para mí, es el resultado lógico del humanismo que invade ya todas las instituciones socia-

les (*aplausos*). Tal siendo para mí la república, es natural que ella, ese gobierno de todos para todos, debe salir de la persuasión de la mayoría; y de los votos de la mayoría yo la aguardo y espero no tengamos que decir con el poeta:

*Qual di te lungo qui aspettar s'è fatto!*¹

Por lo tanto creo con José Mazzini, tan grande filósofo como republicano, que «sea obligación más de los republicanos que de los otros el enseñar el respeto al dogma de la soberanía popular y el someterse a ella». Y también creo que no estaría bien hecho, si diéramos oídos a quienes (son siempre palabras de José Mazzini, quien los reprochaba ya en *Pensiero ed Azione*) «habrían querido, que, conservándonos puros de toda concesión al error y echado anatema sobre toda cosa que no fuese republicana, nos hubiéramos retirado envueltos en el manto de nuestra fe, y, como Trasea Peto salió del senado; hubiéramos salido de la arena de los hechos aislándonos y esperando justicia del tardo porvenir». El estado, la patria, es cosa de todos; y un partido como

¹ *Cuánto tiempo te has hecho esperar!*

el republicano, que tanta sangre ha derramado por esta patria, que ha cimentado ese estado con tanta abnegación (hablo de los mayores que yo), no puede, no quiere, no debe abandonar la patria y el estado a cargo de todos los demás (*vivos aplausos*). Reivindiquemos nuestro puesto en la representación nacional, en la que deben entrar todos los elementos de la vida política del país (*vivos aplausos*). Y nosotros vivimos; y también tenemos el derecho de ver cómo manejáis ese estado, deciros nuestro parecer y hacerlo valer (*reiterados aplausos*). Sé que hombres venerandos, y por mí venerados, tienen otra opinión, y creen que la parte republicana no pueda ir al parlamento sin perder la integridad propia, sin aportar nada en pro de la patria. Yo no intento dejar mi fe en la puerta de la Cámara de diputados, y dentro de la Cámara espero no separarme (*bravísimo, viva Carducci!*) Pero si aún tuviera que sucumbir en la peligrosa prueba, si mi partido tuviera que rechazarme en el día de la victoria, yo saludaré, con el alma llena de fe, a nuestro ideal—Ave, respública, morituri ti salutant. (*Prolongados aplausos*).

Dije de donde vengo: diré a donde voy.

No os diré que en el parlamento no salvaré con mi voto a cualquier ministerio por enormidades como la de Villa Ruffi (*bien! aplausos*): vosotros podríais responderme: Desgraciado! quién te ha dado el derecho de tenernos y de tenerte en tan pequeño aprecio para que nos proclames que no serás un cortesano de tiranías? (*muy bien*); tampoco os haré una exposición de tesis económicas y financieras: soy demasiado poeta, y vosotros no me creeríais: pero ciertas cuestiones os prometo estudiarlas, antes de dar mi voto. Las reformas tributarias, administrativas, políticas, enunciadas en el discurso de Stradella, me parecen serias y honradas, y tanto más con las explicaciones que un autorizado jefe de la izquierda trata de darnos. Pero no son, como el mismo honorable Depretis reconocía, las columnas de Hércules: las columnas de Hércules ya son algo menos que un mito, una metáfora. Votaré las reformas en cuanto las reformas significan libertad, y en la libertad consiste el verdadero progreso. Libertad, libertad antes que todo: la Italia está ansiosa de libertad; libertad en la cual ha de desarrollarse su verdadera vida económica, industrial, municipal, regional, política, intelectual; li-

bertad, por la que tanto combatimos; libertad, que tantas veces nos fue prometida y que aún hoy no hemos conseguido completa y sincera: libertad, de la cual nos sentimos dignos (*frenéticos aplausos*). Y tanto más levanto la voz por la libertad cuanto más de la libertad se hizo inicuo escarnio en estas provincias (*aplausos*). Os prometo que, si será necesario, reclamaré del gobierno igual trato para todas las personas, para todas las opiniones, para todas las asociaciones que se forman y se ejercitan honrada y legalmente (*aplausos*). Reformas pues, en cuanto las reformas nos deben traer mayor libertad, y en la libertad tiene que desarrollarse el progreso. Pero el progreso para mí es ilimitado. Nadie venga a decirme: «Se llegará hasta aquí». Qué sabe él? Qué se yo? Solamente aseguro que nuestro progreso será digno de las tradiciones y de los destinos de Italia! (*fragorosos aplausos*).

La Italia! Me han acusado de haberla llamado vil! Y olvidan (si no fuese demasiado inocente e ingenuo apelar a la memoria de los adversarios) y olvidan, por un verso solo, las muchas páginas de prosa en las cuales vengué de injusticias de extraños y de propios a la Italia, a la Italia a quien

yo saludaba querida y santa patria! (*aplausos vivísimos*). Cuando un gobierno italiano dejó probar sobre pechos de ciudadanos italianos las maravillas de los *chassepots* (*aplausos*), cuando de las regiones ensangrentadas de Mentana y de las fosas de nuestros mártires ciertos moderados no supieron hacer otra cosa que otros tantos bancos de comerciantes ruines (*aplausos*), entonces llamé vil a la patria: pero no a la patria de Dante, de Mazzini, de Garibaldi; no a la patria de los gloriosos, no a la patria de los mártires, sino a la patria de aquellos señores! (*vivos y prolongados aplausos*). Oh, no hay que buscar entre nosotros quien desame a la patria. Nosotros podemos jurar, que no diremos nunca: Perezca o se envilezca la patria, con tal que triunfe el partido. Por Italia, por la inmortal, por la gloriosa Italia, oh electores, os invito a beber: por Italia! (*aplausos prolongadísimos*).

10 noviembre 1876.

EN LA MUERTE DE JOSÉ GARIBALDI

I

ESTOS aplausos vuestros, señores, me llevan a arrepentirme de la promesa que os hice de hablar. Todavía esta mañana recibí un tercer telegrama en el cual se me pedía que compusiera versos acerca de la muerte del General. No sé haber dado hasta hoy pruebas de corazón tan mísero y duro, que autoricen a otro a creerme capaz de hacer frases cuando un dolor tan grande nos agobia a la Patria y a mí, cuando tengo ante los ojos de la mente y casi ante los del cuerpo el cadáver del hombre que más he adorado entre los vivos. Pero en Italia (y los aduladores dicen que es un bien, que es casi un signo de las disposiciones de este pueblo para el arte), pero en Italia, como las mujeres en las desgracias del vecindario juegan tres números en la lotería, así en

los casos de la nación no faltan nunca tribunos y versificadores que jueguen tres frases o tres rimas en la lotería de la popularidad o de la celebridad. Yo no soy de esos (*aplausos*). No, no aplaudáis, os lo ruego, aunque vuestro aplauso no tuviese otro significado que asentimiento hacia las cosas talvez no viles que voy a deciros y veneración al héroe que lloramos. No aplaudáis, os lo suplico. No turbéis los sagrados silencios de la muerte. Pensad que el General yace, inmóvil, pálido, desencajado, allá en medio de fúnebres candelabros en la habitación de Caprera. Lloremos, y lamentemos las desgracias de la Patria.

II

La revelación de gloria que apareció ante nuestra infancia, la epopeya de nuestra juventud, la visión ideal de los años viriles, han desaparecido y se han ocultado para siempre. La parte mejor de nuestra vida ha terminado. Aquella rubia cabeza de cabellera de león y de fulgor de arcángel, que pasó, despertando las victorias romanas y sembrando el terror y el estupor entre los extranjeros, a lo largo de los lagos lombardos y bajo los mu-

ros aurelianos, aquella cabeza yace inmóvil y fría sobre la almohada de la muerte. Aquella ínclita diestra que rigió el timón de la nave «Piamonte» por el mar siciliano hacia la conquista de los nuevos destinos de Italia, aquella diestra invicta que en Milazzo abatió a los enemigos con el valor firme de un paladín, está en disolución. Se han cerrado y apagado para siempre los ojos del libertador que desde los montes de Gibilrosa se fijaron en Palermo, los ojos del dictador que en Volturmo detuvieron a la victoria y constituyeron a Italia. La voz, aquella fiera y suave voz que en Varese y en Santa María gritó:—Adelante, adelante siempre, muchachos! Adelante, con las culatas!—y que de las rocas del Trentino expugnadas respondió:—Obedezco!—, aquella voz está muda para siempre. No palpita ya aquel noble corazón que no se desesperó en Aspromonte ni se rompió en Mentana. José Garibaldi yace bajo el hado supremo. Y el sol mientras tanto brilla sobre los Alpes italianos que ya no son nuestros, y sobre el mar que no es ya el «mar nuestro».

Su poderío nos ha abandonado; y a nosotros no nos queda sino su gloria y el sublime orgullo de haberlo tenido como coetáneo.

Él fue una de aquellas almas complejas y ricamente dotadas de la más alta humanidad, como sabe darlas la raza nuestra en sus producciones fatales. La corrección y pureza de los rasgos heroicos obliga a semejarlo con aquellos magnánimos griegos que libertaron las patrias suyas de las tiranías extrañas y domésticas, a Milcíades, a Trasíbulo, a Timoleón, a Epaminondas, a Pelópidas; pero la escasez de los hechos de parte de éstos y la no respuesta de los efectos impiden por completo el parangón. Digno es, sin duda, de ser comparado con los mejores romanos, si en él no fuese el sentido humano más profundo y gentil de lo que en algunas partes y por muchos motivos podía serlo en aquellos, si él no tuviese de más aquel instinto de aventuras caballerescas que es propio de las razas nuevas y mixtas. Y por aquel ímpetu suyo de heroico aventurero y por la firme devoción a los ideales vendrían deseos de compararlo con los caballeros normandos y con los cruzados, con los Güiscardos, los Tancredos y los Godofredos, si en él no faltase completamente la ambición del conquistador y no fuese más alto el sentimiento del honor y más iluminado el del deber. Jorge Washington, como ciudadano, es mejor; como fundador de

repúblicas, es más felizmente grande; pero alrededor de la fría cabeza del general puritano falta la aureola del heroísmo que constela la alta frente del ciudadano de Italia.

Tal como fué, José Garibaldi es el más popularmente glorioso de los italianos modernos; talvez porque reunió en sí las cualidades múltiples de nuestra raza, sin los defectos y los vicios que aquellos tienen o exajeran o fingen. En la historia de su vida no veis bien en donde termina la parte de Ariosto, en donde empieza la de Livio y en donde se insinua Maquiavelo; guerrero de aventura sin descaro, héroe sin *pose*, político sin ostentación de engaños. Superior a los partidos, aun cuando aceptaba de ellos todo lo que de más vital y más útil diesen al rehacimiento de la nación y todo lo que de justo y de verdadero prometiesen al progreso del género humano; él fue sobre todo y ante todo italiano y hombre de libertad. Republicano por naturaleza y por educación, sintió que una nacionalidad vieja y ya históricamente desmembrada no puede reconstituirse con y por medio de un solo partido; y, pudiendo ordenar a la victoria y teniendo en la mano los destinos de la patria,

obedeció, iniciador voluntario, a la mayoría. Pero como la mayoría, convertida en partido, pareció resistir o vaciló y se detuvo ante el fin supremo, él, en franca rebelión, la llamó al deber. No digáis que oportuna habría sido la muerte si hubiera bajado a fines de 1860: blasfemaríais. No midáis con la norma de los tiempos ordinarios los movimientos por los cuales un pueblo en revuelta es arrastrado hacia el fin último, la reconstitución: seríais pedantes. Aspromonte salva el honor de la nación, Mentana da a Roma. Y la actitud del héroe, paciente en la herida y en la prisión que le dieron los mismos por los cuales combate, victorioso en la derrota, exalta la dignidad humana.

Y si a todo esto agregais cómo el entusiasmo de su gran corazón traspasaba los montes y los mares, y se iba a buscar y a alentar a los oprimidos de todas las tierras, por lo que los polacos y los húngaros y los griegos y los servios lo esperaban y lo invocaban capitán, y Francia lo tuvo, vengador de Roma y de Mentana, en Dijon; y si agregais que toda causa justa, toda idea de civilización y de liberación, todo práctico mejoramiento para la vida de los hombres,

en la guerra y en la paz, en la política y en la ciencia, en la sociedad entera y en la soledad de los tugurios y de los campos, lo tuvieron afirmador y obrero elocuente y potente; vosotros sentiréis que bien le corresponde el saludo que ayer en el Parlamento acompañaba a su memoria: caballero del género humano.

III

Diez años apenas han pasado del día en que, faltando a Italia la magnánima vida de José Mazzini, el General desde el retiro de Caprera ordenaba con gloriosa brevedad: Sobre la tumba del gran italiano ondee la bandera de los Mil.¹ Qué bandera hará ondear hoy Italia sobre el cadáver y sobre la tumba del héroe? Tal vez las banderas de las demostraciones contra los asesinos de Marsella, desde hace mucho tiradas en las tabernas de donde se las tomó, mientras nuestros connacionales se ven buscados aún para la muerte por las calles de las ciudades extranjeras? O mejor las que salu-

¹ Los mil que acompañaron a Garibaldi en sus empresas libertadoras.—(N. del T.)

daron la partida de los Reyes de Italia para Viena? O queremos, mejor aún, para satisfacción y garantía de Europa, sobre la urna del nizado jurar que, con mente libre y corazón tranquilo, hemos renunciado en todo y para siempre a Trento y a Trieste? O para aplacar la sombra del vencedor de Bezecca y de Dijon y del vencido de Mentana, queremos murmurar con osadía que el aislamiento de Francia en Egipto nos ha pagado bien la bofetada de Túnez y que, aunque descendientes de Camilo y de César y nietos de Maquiavelo, somos los amigos y los servidores incondicionales de Bismarck?

Valor, partidos, valor; y desplegad vuestras glorias en torno del lecho de muerte del héroe. Adelante la Derecha, anárquica y socialista para tomar el poder! Adelante la Izquierda, conservadora y alerta para retenerlo!.... Y vosotros los progresistas, con las supercherías de los que subieron a inesperadas alturas y con los miedos de haber hecho o de hacer demasiado para permanecer allí! Y vosotros los republicanos, con el bizantinismo ruidoso, con las frases que fingen amenazar y asustar al pueblo que no os entiende, vosotros os dividís en tantas sectas cuantas son las fórmulas si

no las ideas, cuantas son las vanidades si no las ambiciones, de manera que los adversarios pueden decir de vosotros:—Hacen mucho ruido, pero son cuatro nueces en un saco!—No falten los socialistas, por lo menos los que custodian y renuevan en frío en sus pensamientos y en sus sueños ciertas ideas y ciertas escenas en las cuales la sensual ligereza céltica se une libidinosamente a la torva crueldad druídica; y serían en Italia, donde tanta plebe es, por debilidad y superstición, inconciente de la vida, academias, más que peligrosas, divertidas, si no impidieran a jóvenes nobles de ingenio y de corazón el servir más útilmente a los deberes hacia la patria y a las necesidades del pueblo, si no sedujeran a los incautos y a los no inteligentes, por vías cuyo buen resultado nadie sabe.

IV

Pero todos estos, decís, son errores o culpas que pasarán y se borrarán, y la estrella de Italia surgirá luminosa en el horizonte, y la memoria y la gloria de José Garibaldi estará siempre con nosotros, conductora en las pruebas supremas; porque los héroes

no mueren nunca para las naciones de que surgieron o que modelaron con su espíritu creador.

En verdad os digo que ha muerto; y har-
to bien están los muertos, creo yo, una vez
pasado el vado del gran *quizás*, para volver
entre nosotros. Son los pueb'os los que em-
balsaman con su memoria a los magnos
difuntos, y con la fantasía inquieta y soña-
dora los despiertan de las tumbas, y los
revisten con sus afectos; y dicen y suplican
y mandan a las sombras gloriosas:—Ade-
lante, adelante, padres, a la reconquista!

Así los celtas sometidos al extranjero en
Bretaña esperaron, y los pescadores de las
costas gálicas esperan aún al rey Arturo.
Así los eslavos creen que un día u otro,
Márkos Craglievich saldrá de la gruta so-
bre el cabal'o grande a echar a los turcos
y a los tedescos. Y los poetas alemanes can-
taban de Barbaroja dormido en su castillo
subterráneo hasta que los cuervos volaran
cerca de él y hasta que la espada cayéndose-
le y golpeando contra el pavimento le advir-
tiera llegada la hora de restablecer el sagra-
do imperio. Y algún Honwed espera talvez,
aun hoy, a Alejandro Petofi, perdido entre
el tumulto de la batalla en una laguna. Pe-

ro para sentir tales esperanzas magnánimas y sonrientes en medio de la desesperación, los pueblos necesitan un gran fundamento de idealidad. Lo tiene Italia? De eso tengo la esperanza.

V

Talvez, entre el siglo vigésimo quinto y el vigésimo sexto, cuando otras instituciones religiosas y civiles gobernarán la península, y el pueblo hablará otra lengua que no sea la de Dante, y el vocablo Italia sonará como el nombre sagrado de la antigua tradición de la patria, talvez entonces, entre un pueblo fuerte, pacífico, industrial, las madres a las hijas nacidas libres y crecidas en virtud, y los poetas (porque entonces habrá verdaderamente poetas) a los jóvenes que saldrán de los trabajos o de las palestras del foro, dirán y cantarán la leyenda garibaldina así:

Nació de un antiguo dios de la patria que se unió amorosamente con una hada del setentrion, allá endonde el Alpe baja sonriente hacia el mar, y en el mar turquí se refleja el cielo más turquí aún, y más verde y amena luce y se alegra la tierra.

Pero tristes tiempos eran aquellos; en aquel paraíso dominaba todo el infierno, es decir, los tiranos extranjeros y domésticos, y el clero.

Entonces, mientras el niño divino se paseaba rubio y sereno con los grandes ojos abiertos entre el cielo y el mar, Italia para salvarlo de los tiranos y conservarlo a la libertad, lo arrebató volando hacia la América, hacia la América que otro gran ligurio descubrió siglos antes para refugio suyo y de todos los oprimidos. Allí el fiero joven creció cabalgando las ondas furiosas como yeguas de tres años, combatiendo con los tigres y con los osos; y se alimentó de médulas de león; y pasó entre aquellos salvajes bello y fuerte como Teseo, y los venció o los persuadió; levantó repúblicas, abatió tiranías.

Cuando los tiempos pasaron y Teseo creció haciéndose Hércules, Italia lo llamó. Dos ejércitos, dos pueblos, casi dos historias se disputaban entonces el suelo de la patria; en el setentrión, los germanos; en el mediodía al rededor de la eterna ciudad tomada por Breno, hacían escándalo los galos. Vino y voló, de victoria en victoria, de un ejército a otro; y se detuvo en Roma.

La leyenda épica, vosotros lo sabéis, no mira los intermedios de los tiempos; y en la síntesis de la victoria nacional no toma en cuenta las guerras y las batallas diversas. Así el asedio de Roma durará en la epopeya del porvenir, como el de Troya o el de Veio, diez años. Y la epopeya dirá de los muros de Roma colmados durante el día de viejos, de mujeres y de niños que miran las batallas de los padres, de los maridos, de los hijos; dirá de las calles de Roma iluminadas de noche, velando mientras los obuces y las alas de los dos ejércitos se encuentran y se cruzan frente a las puertas. Oh! cómo se levantará la nota homérica y ariosteica cuando el poeta cante a Daverio, a Calandrelli, a Pietramellara, a Bixio y a Sacchi y a tí, Ajax Medici, recto con media espada sobre las ruinas del Bajel humeantes; y la lucha de los dos campos alrededor del cadáver de Patroclo Masina, que retornó por cuatro veces al asalto espoleando su caballo por la escala de Quattro Venti! Y qué dulce sonará la nota de Virgilio y del Tasso, cantando Euríalos y Nisos modernos, y Turnos y Camilas, y Gildipas y Eduardos, y a tí Morosini, y a tí Mameli, y a tí Manara, y a otros cien jóvenes agonizan-

tes de quince y dieciocho años con el nombre de Italia en los labios, con la fe de Italia en el corazón! Pero yo no sé imaginarme cómo será representado él, o a la carga contra los enemigos sobre un caballo blanco al canto de los himnos de la patria, o de retorno al Senado, con la espada rota, ahumado, quemado, sangrante.

El asedió duró pues diez años, pero Roma no fué tomada nunca. El héroe se fué al otro lado de los Apeninos, pasando como relámpago en medio de tres ejércitos; y volvió con el Rey Víctor, quien persuadió a los galos. Los cuales, recordando ciertas afinidades de sangre y recordando antiguas alianzas, se pusieron de acuerdo con el rey y con los italianos para echar al otro lado de los Alpes a los germanos que acampaban en el setentrión.

Pero los galos, en recompensa de la ayuda prestada contra los germanos, quisieron para sí la bella región endonde había nacido el héroe. Él no se lamentó. Con mil de los suyos se embarcó en dos naves fantásticas, y conquistó en veinte días la isla del fuego y venció en dos meses el reino de los Polifemos comedores de pueblos. Y dijo al rey Víctor: Ahí tienes, por dos provincias,

dos reinos: ten cuidado de que otro ceda o venda éstos. Pero en los siervos de las antiguas tiranías creció el rencor y se reunieron con los galos en quienes la emulación fermentaba en odio. E hirieron al héroe en la única parte endonde fuera vulnerable, en el talón; y lo relegaron a una isla salvaje, que bajo su pie floreció de mieses y de plantas. Allí el héroe estuvo solitario largos años; y, como Filoctetes en Lemnos, sumergía el pie herido en el baño del Mediterráneo, y la madre diosa venía por los cielos a consolarlo, y de los abrazos de ella él obtenía la salud y el roseo brillo de la juventud.

Mientras tanto de la mezcla de los galos con los siervos aborígenes salía una raza nueva; y la generación garibaldina, escasa después de tantas batallas, se había retirado o había sido rechazada hacia los Apeninos y hacia los Alpes. La raza nueva fué de pigmeos y de duendes, de gnomos y de trasgos. Los gnomos hacían todo lo posible por roer la tierra y sacar el oro: los pigmeos y los duendes tenían la ligereza del pensamiento casi igual a la perversidad del entendimiento, y seguían con mil juegos malignos atormentando y robando a los gnomos y a

los trasgos. En medio de tanta degeneración los Alpes mismos se habían reducido y los mares retirado; y el águila romana se hacía tísica dentro de la jaula que le habían hecho. Los trasgos y los gnomos triunfaban. Y los unos recibían sin caer los golpes dados a sus cabezas por ciertas manos que pasaban por los Alpes reducidos y los mares retirados, y se vanagloriaban en voz alta: y los otros ultrajaban a sus padres y se escupían a cual más las caras, y se decían libres. Y éstos cavaban pequeñas fosas para colocar dentro las inmundicias de las almas suyas, y se llamaban conservadores; y aquéllos saltaban, como simios borrachos de aguardiente, sobre sus frases, y se llamaban revolucionarios.

Así narrará la leyenda épica, que como producción de un pueblo mixto compuesto de varias civilizaciones, tendrá también su parte cómica: si responde a algo verdadero, no puedo juzgarlo. Y seguirá, si una fiera tempestad barriese la pequeña raza y los extranjeros ocuparan una vez más la península. Entonces la generación garibaldina descendió a las orillas del mar; y tendió los brazos sobre las grandes aguas gritando: — Ven, retorna, oh conductor, oh libertador,

oh dictador!—A los grandes gritos puso oído el héroe y se preparó para la reconquista de la tierra nativa. Y puesto que ya era demasiado reducida su generación, de pie en el Campidoglio, levantando muy alto la espada y golpeando con el pie la tierra, ordenó a todos los muertos de sus batallas que resucitaran. Fué entonces cuando resonó el canto de las multitudes:

*Si scopron le tombe, si levano i morti;
i martiri nostri son tutti risorti.*¹

Y entonces las rojas falanges recorrieron victoriosas la península; y la Italia fué libre, libre toda, por todos los Alpes, por todas las islas, por todo su mar. Y el águila romana volvió a extender la amplitud de sus alas entre el mar y el monte, y emitió roncós gritos de alegría ante las naves que recorrían libres el Mediterráneo por tercera vez italiano.

Libertado y restituído en los antiguos derechos el pueblo suyo, conciliados los pueblos vecinos, fijada la paz, la libertad,

1 Primeros versos del himno garibaldino:

*Descúbrese las tumbas y se levantan los muertos:
han resucitado todos nuestros mártires.*

(N. del T.)

la felicidad, el héroe desapareció: dicen que fué elevado al consejo de los Dioses de la patria. Pero todos los días, el sol, cuando se alza sobre los Alpes entre las nieblas humeantes de la mañana y cae entre los vapores del crepúsculo, dibuja entre los abetos y los álamos una grande sombra, que tiene roja la veste y rubia la cabellera errante a los vientos y serena la mirada como el cielo. El pastor extranjero mira sorprendido y dice a los hijos:—Es el héroe de Italia que vela sobre los Alpes de la patria suya.

VI

Así cantará la epopeya futura. Pero mañana o poco más tarde las moléculas que fueron el cuerpo del héroe andarán dispersas en las auras, tendiendo a reunirse con el Sol de quien él fué sobre esta tierra italiana la más benéfica y espléndida emanación. Oh! que los vientos traigan en sus giros los átomos de la trasformación y éstos rehagan a los vivos!

En los tiempos homéricos de Grecia, al rededor de las piras de los héroes giraban los compañeros de armas y de patria, arrojando a las llamas las cosas que cada uno

consideraba más queridas; algunos sacrificaban también los caballos, otros los esclavos y hasta sí mismos. Yo no pido tanto a los italianos: deseo que los partidos vivan, porque son la razón de la libertad. Pero desearía que los partidos, desde el monárquico que se vanagloria aliado a José Garibaldi hasta el socialista que de él se cree iniciado o habilitado, en derredor de la pira que humeará sobre el mar arrojaran no las cosas tuyas más queridas sino todo aquello que tienen de más triste.

Así nosotros podríamos esperar que en los días de los peligros y de las pruebas (y son por ventura próximos y grandes) la sombra del General vuelva cabalgando al frente de nuestros ejércitos y nos guíe otra vez a la victoria y a la gloria!

Del volumen PROSE
Bologna, Nicola Zanichelli, editore.
1907.

4 Junio 1882.

INDICE

A PROPÓSITO DE JOSUÉ CARDUCCI.....	3
A la Liga para la Instrucción del pueblo....	17
Por la poesía y por la libertad.....	32
En la muerte de José Garibaldi.....	45

Editor :—J. GARCÍA MONJE